

american most wanted

Texto Philipp Engel
Ilustración Tamara (Anacronic)



David Benioff

NEW YORK (E.E.U.U., 1970)

“**E**staba maldecido por el pesimismo tanto de los rusos como de los judíos, dos de las tribus más inclinadas a la melancolía del mundo. Sin embargo, si no había grandeza en mí, quizás sí tenía el talento de reconocerla en los otros, incluso en los individuos más irritantes”.

David Benioff (“Ciudad de ladrones”).

Luego dicen de nosotros. Todas las féminas que, por diversos canales, me hablaron de la reciente publicación de “Ciudad de ladrones” (Seix Barral) tuvieron a bien de señalarme, de entrada, lo ‘bueno’ que estaba su autor. Invariablemente, al momento añadían, ya con una perceptible nota de pesar, que el joven Benioff andaba casado con la actriz Amanda Peet. Y bien casado, amorosamente. No hay más que hojear la novela. Ella firma la foto de la solapa y él, sonriente, se la dedica (Frankie imagino que será el pequeño de la feliz familia), como ya le había dedicado, con un solemne “Te quiero”, lo cuentos de “Descalza por el parque y otros relatos” (Umbriel). Chicas, tal vez haya que rebajar el listón y olvidarse de este apuesto joven que ya nació siendo un buen partido. Su padre preside una importante entidad financiera que asesoró (sic) a la administración Bush (tranquilas, él vota Obama). Ahora se embolsa dos millones de dólares cada vez que Marc Forster le llama para escribir una película. Pobrecitas.

A Benioff se le tuvo que abrir el cielo cuando Spike Lee decidió llevar a la pantalla su primera novela, que derivó en una espléndida película protagonizada por Edward Norton, Philip Seymour Hoffman y la no menos espléndida Rosario Dawson, “La última noche” (2002): “Quedar con Spike Lee fue un poco intimidatorio. He crecido en Nueva York y Spike es uno de sus grandes iconos. Iba a ver sus películas con mis amigos, leía sobre sus polémicas, lo veía animando a los Knicks... Fue muy respetuoso con la novela, hasta

el punto de pedirme que la reescribiera para él”. Luego habría que correr un tupido velo tras el que esconder el guión de una película como “Troya” (Wolfgang Petersen, 2004) y llegaríamos hasta la presente “Ciudad de ladrones”, que tiene todos los números para convertirse en otro exitoso film. Servidor, también nacido en 1970, se sintió atraído por la novela porque su abuelo también estuvo en la WWII, aunque con un uniforme más elegante. El de Benioff (Beniov) sobrevivió al sitio de Leningrado, entonces como ahora más conocida entre sus lugareños como Píter. Mis abuelos han muerto todos, pero a David aún le dio tiempo de recoger algunas impresiones sobre el frío, el hambre y el miedo de aquellos días. Luego ideó una trama algo rocambolesca, la imposible búsqueda de una docena de huevos para el pastel de bodas de la hija de un rojo comandante, y el resultado es una de esas novelas que vienen bien para un vuelo intercontinental. Aunque Benioff asegura que sus lectores ya tienen cierta edad (“Los adolescentes no leen demasiado en mi país”), se me antoja también un libro que podría formar parte del canon alternativo de motivación a la lectura (y a la historia) que proponían algunos escritores, como Javier Calvo o Kiko Amat, hace algunas semanas en las páginas de ADN, pues se vive como un modesto *bildungsroman* con destellos de esa gran Historia, con mayúscula, que tanto nos fascina. En definitiva, se trata de un entretenimiento tan ameno como intrascendente que puede llegar a caer tan simpático (o no) como su autor. Al final de nuestra entrevista –virtual, para no exponerme a un hipotético ataque de envidia–, no puedo evitar plantear la pregunta que se impone al resto. Tras comentarle la admiración que ha despertado su físico entre las bellezas locales, me inquieto sobre si no se siente un poco frustrado como escritor. “No como escritor, como hombre. ¿Dónde estaban hace veinte años cuando yo era un chaval virgen y solitario?”. Eso, ¿dónde estaban?

“Su satánica majestad, Aleister Crowley” Martin Booth

MELUSINA



Echar ahora la vista sobre Aleister Crowley puede parecer, en principio, como hacerlo sobre los carlistas de Castellón, los ritos mandingas o el archimandrita San Pacomio: a lo mejor es hasta divertido, seguramente es extravagante y nos dará cuatro o cinco anécdotas con las que conseguir que nuestros amigos huyan para siempre. Pero sentido, lo que se dice sentido, no parece tener demasiado. Pues nos equivocamos: “Su satánica majestad, Aleister Crowley”, libro de la editorial Melusina, ofrece a través del poeta británico Martin Booth (quien, por cierto, tuvo una serie de encuentros con lo invisible que daría para varias páginas) una exhaustivísima actualización de una de las personalidades más fascinantes, libérrimas e influyentes –parece que no, pero sí– del pasado siglo.

Niño de papá, pagano reprimido con violencia, follador donde fuera y con quien fuera, yonqui profesional, iniciado y propagador de los Misterios, genio del ajedrez, genio de la poesía, genio del alpinismo, de la pintura, de la experimentación, de la observación, de la astronomía, de la astrología, de la... Aleister Crowley es una persona que se difumina en un personaje. Cómo llega a ocurrir es el propósito de gran parte de “Su satánica majestad, Aleister Crowley”, cuya principal virtud es que, partiendo de la obvia fascinación que Martin Booth siente por el Gran Fornicador (“48 horas sin sexo afectan a mi capacidad intelectual”, dijo el tío), intenta que sea el propio lector el que se haga una idea de alguien que ha sido tan ensalzado y escupido como para que nadie pueda partir de una imagen virgen.

Y lo que se descubre es la extraña rutina de alguien empeñado en que semejante palabra desapareciera de los diccionarios: criado en la nada de una ultracristiana y millonaria familia, Crowley decidió convertirse en mago. Así, como suena. Hay quien se contenta con blasfemar y empinar el codo más de lo que debería, pero Crowley (que también hizo eso pero elevándolo al cubo) decidió ser el mago de una magia muy particular que él llamó Magick y que se propuso socavar los palos del sombrero del Occidente de entreguerras. Hablar de “Su satánica majestad, Aleister Crowley” es estéril: la biografía es tan apabullante que el mejor modo de escribir sobre ella sería copiarla letra a letra. Y el personaje deslumbra como para devorarla: “A veces me odio a mí mismo”, fueron sus últimas palabras. Ni siquiera un carlista de Castellón habría sido capaz de despedirse de un modo tan glorioso. Daniel López Valle